

# Educar, ¿idea válida y esperanzadora?

Carlos Sureda y Javier Cortiguera

México.  
 Miembros del Instituto E. Morán.

*Amadad y magisterio son lo mismo. No reclamamos por ello méritos de un colectivo de educadores educados, porque prescindió en su tiempo de una necesidad de enseñar como de sus resultados. Nuestra era, tan abundante en tales como en otros de nosotros, ha de aprender a enseñar de otro modo, reafirmando el magisterio de la justicia por el maestro (servicio de la justicia), que consiste en enseñar lo que se dice, decir lo que se cree y hacer lo que se cree y se dice. Proponemos a la altura del momento que nos cabe renovar el reconocimiento de los aciertos desde el cabedal del magisterio como servicio en pluralidad y libertad.*

*Quié quiere ser el Instituto Eusebio Morán.*

Desde la aparición del Homo sapiens hasta nuestros días, las diferentes generaciones de hombres y mujeres que poblaban nuestro planeta, de algún modo conscientes de su fragilidad y desahucio, han ido buscando maneras de acercarse a una naturaleza que los era y les es indispensible para su desarrollo, aunque en muchos casos brutal e insidiosa.

En esto permanecen y desigualmente combaten hombres naturales, las distintas generaciones, dependiendo de las consideradas políticas en las que se desarrollan, van articulando, más o menos conscientemente, un discurso sobre el cual escribirse en cualquier cotidiano.

Tal discurso, resumen de todos los logros pasados y de las esperanzas futuras, es constante (aunque variable) proceso de transformación, que podríamos traducir como cultura y que se renueva, entre otras cosas, de

convenciones, formas de organización social, ideas valores, etc.; se transmite, apoyado en la enorme capacidad imitativa de los seres humanos, de forma más o menos intencional, más o menos directa, más o menos institucionalizada, de generación en generación a través de los tiempos.

En a este proceso de transmisión al que podemos llamar, con muchos reparos, *civilización*.

El que en alguna momento histórico en ciertas sociedades (la nuestra es un buen ejemplo de ello) se haya delegado esta tarea de «transmisión», dando lo diverso del cabedal cultural, a ciertos personajes y que se recluya obligatoriamente (aprovechando su mejor disposición para el aprendizaje) a las jóvenes generaciones en establecimientos creados al efecto, en lo que con una previsible discontinuidad se les somete a un programa intencivo de *civilización*, no debiera hacernos

creer que los únicos con potencial educativo son los maestros o profesores, y que la materia, la técnica y jeneral con los límites espaciales y tiempos educativos.

En toda la sociedad, todos los ciudadanos que la componen, los que, de una u otra manera, desarrollan, a veces de forma simultánea, una doble función de educar y ser educado.

Se nos supone, pues, a nosotros, habitantes del fin del segundo milenio de la era cristiana, los herederos de un legado (herederos intrínsecos, claro está) del «cultural» acumulado por la civilización, desarrollada fundamentalmente en el hemisferio Norte, y lógicamente, los presuntos *de* maestros-educadores de éste a nuestros hijos. Nuestra misión, además, no sería la de meros transmisores, sino que deberíamos, además, poder y/o desenvolver el cabedal acumulado.

Ciertamente, esa doble función de educadores-educandos nos podría llevar de paso y de orgullo, y nos sería altamente gratificante poder mostrarlo tanto en manos de nuestros sucesores, pues no es para menos el crear entre nuestro legado cultural los valores de Bach, El Quijote, las Iglesias románicas, el impresionismo, la escritura, el pan, la periferia, la literatura americana, el amor a nuestros semejantes, la luz eléctrica o el mismo

